



luis muñoz

poemas inéditos de

ÁFRICA

– Que le muerdan un poco la barbilla
es su mayor placer –contaba entonces.
– Lo descubrió conmigo en su pequeña choza
del bosque de los pinos
y cada vez que voy me pide eso.

Era una noche fresca de verano,
junto a un vaso de vodka con pomelos
en el norte de África.
La terraza cuajada de macetas
de quien quiso poner distancia y verbo
al mundo en que vivía

– Aquí todo es distinto y sin embargo
no añoro ese otro orden.
Es igual que nacer en otra vida,
es igual que saltar hacia otro libro,
pero sé que ya sólo pertenezco
–vislumbraba–
a esta especie de puente con afanes.

De los mundos que unía en ese puente,
no renunció a ninguno. No podría.
Él fue su propio mundo iluminado,
su crisol turbulento
de vigor y de calma, de atención y desvío.

– Verás que cuando llegue, su sonrisa
te tocará en el pecho como la luz de un dardo.



ESTO YA NO ES UNA EXPERIENCIA

A José Luis Piquero

Conducía un tres puertas azul de doce años
que heredó de su padre y que ya renqueaba.
Con él cruzaba el puente después de medianoche,
como una mecha ardiendo suspendida en el río.

Llegaba así a este lado de ciudad luminosa,
se acodaba en la barra de un local atestado
y dejaba en sus ojos vagar su transparencia,
como vagan dormidas las fieras de un acuario.

El tirón de la carne era dulce y violento,
sólo a él respondía de manera feliz,
y tornaba la vida animal y jugosa.
El resto era roer
las sobras de un banquete.

Se llamaba David, según me dijo,
sólo andaba detrás de lo que era posible,
y ayudaba a su madre en un taller de ropa.